

Nueva Sociedad Nro. 150 Julio-Agosto 1997, pp. 33-39

DE GARCÍA MÁRQUEZ Y OTROS DEMONIOS EN COLOMBIA

Erna Von Der Walde

Erna Von Der Walde: crítica literaria colombiana, profesora de la Universidad de Los Andes, co-directora de la revista *Dissens*, Berlín-Bogotá.

Palabras clave: realismo mágico, literatura colombiana, boom latinoamericano, Gabriel García Márquez, Colombia.

A los pocos días del asesinato del futbolista Andrés Escobar –¿por un autogol?– en el partido que resultaría en la eliminación de Colombia del Mundial de Fútbol en 1994, alguien le comentaría a García Márquez: «En este siglo en Colombia sólo han pasado tres cosas importantes: en 1948 el 9 de abril; en 1967 la publicación de *Cien años de soledad*; y en 1993 el 5-0 de la selección de Colombia contra Argentina en Buenos Aires». García Márquez se rió y comentó: «¿Y tú sabes qué es lo grave de esa vaina que dices? Que es cierto». Por disímiles que parezcan la violencia política, la literatura y el fútbol, estos tres eventos en Colombia tienen rasgos comunes: los tres son constitutivos de la imagen del país en el exterior, los tres son entonaciones, formulaciones, versiones de la violencia en Colombia, de sus causas o consecuencias; los tres son fenómenos masivos.

El primero es el que precipitó lo que la historiografía llama La Violencia, con mayúsculas, para diferenciarla de la que de todas maneras se vive en el país, mueran o no caudillos, se peleen o no los partidos Liberal y Conservador, se expropie o no a los campesinos. El 9 de abril de 1948 fue asesinado el caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán, la versión colombiana de un líder populista. Durante la década siguiente se libró una de las más sangrientas guerras entre los dos partidos oficiales. No fue una guerra civil. Fue violencia desatada en el campo, en donde se mataban campesinos por la sola sospecha de pertenecer a uno de los dos bandos, si al asesino eso le molestaba por una razón u otra. La tierra cambió de dueños y se creó una nueva casta de terratenientes. Una vez medianamente pacificado el país, al final de la década de los 50, lo más importante en la vida de los colombianos fue el fútbol. Se importó de Argentina y Brasil a una gran cantidad de jugadores de talla internacional. Colombia, sin embargo, seguía sin tener una figura sobresaliente y de prestigio, El país no se distinguía en ningún área. Hasta que apareció *Cien años de soledad*.

Las luchas partidistas eran la herencia de las guerras civiles del siglo pasado, en el que hubo 11 constituciones y 64 revueltas, y luego la imposición de la intolerancia y la exclusión como marca distintiva de la política colombiana desde el proyecto de la Regeneración. Este movimiento quiso pacificar a una nación fraccionada por su geografía y sus luchas partidistas y en 1886, bajo la presidencia de Rafael Núñez, pero bajo la retórica de Miguel Antonio Caro, se concibió una nueva Constitución para el país que lo unificaría bajo los dos elementos comunes a todos los colombianos: la religión católica y la lengua española.

Desde 1884 hasta 1930 el Partido Conservador mantuvo la hegemonía absoluta. Un hecho que sobresale es que casi todos los presidentes, desde Rafael Núñez, pasando por Miguel Antonio Caro, José Manuel Marroquín y Marco Fidel Suárez, eran hombres de poca fortuna, no poseían tierras, no tenían poder militar en sus regiones: habían hecho sus méritos políticos más que nada como letrados, como poetas, gramáticos y latinistas. La erudición de los políticos colombianos le mereció a Bogotá el apelativo de la Atenas sudamericana. Caro fue, junto con monseñor Carrasquilla, tal vez el intelectual orgánico más influyente de la época. Generó un compacto discurso ideológico en el que la lengua, la religión católica y el autoritarismo político componían un todo coherente, sin concesiones a las ideas liberales de la época. La forma discursiva que Caro representa se constituye en signo de distinción simbólica y de legitimación política en las últimas dos décadas del siglo XIX en Colombia.

La acción política de la Constitución de 1886 se refuerza con un nuevo Concordato con el Vaticano al año siguiente, que le entrega enteramente la educación a la Iglesia católica, a la vez que le restituye muchos de los bienes que le fueran expropiados por los regímenes liberales. El país logra cerrarse exitosamente a las ideas del positivismo, del socialismo, de la modernidad. Se sitúa al margen de las corrientes que alimentan las ideas en el continente, con la mirada puesta en una España que es más la que imaginan los letrados que la realmente existente. Gradualmente, no sólo Bogotá, sino toda la nación será apenas sudamericana. Hasta muy entrado el siglo XX la forma hegemónica de la cultura de elite en Colombia será la que se estableció alrededor del movimiento de la Regeneración. Sus huellas pueden percibirse aun hoy en día.

En su obra política y filológica, Caro fundamenta la moral y la conducción de los pueblos en el uso del lenguaje. Serán los gramáticos quienes posean la entereza y la sabiduría para el manejo correcto del país a partir del manejo correcto de las ideas que les permite el manejo correcto del lenguaje, en medio de una población analfabeta. La lengua se convierte en el predominio de una clase para gobernar y excluir, y queda lejos de ser la unificadora de todos los colombianos como quiera que se entendiera la ciudadanía en ese entonces. La corrección idiomática se convierte en norma social, lugar de acceso al poder político en muchos casos de la mano de una profesión radical de catolicismo ultramontano y rechazo absoluto de las ideas modernas.

En medio de la mugre, los ruidos y los olores de la ciudad real que habitaban, los gramáticos y poetas construyeron un mundo retórico de ideas ajenas a las circunstancias que los rodeaban, poniendo distancia entre las operaciones del intelecto y las del cuerpo, distancia que operó también como distancia social. La religión católica sirve de sustento para hacer esta abstracción de lo corporal en los procesos del espíritu, es el apoyo para fijar la dicotomía, para legitimarla.

Será una cultura excluyente de la letra. Desde la letra no se piensa el país real sino que se impone el país que conciben unos pocos como país ideal. Pensar por fuera de la ciudad letrada exige acudir a aquello que no se someta al orden de la letra. Creo que gran parte de las letras colombianas son «anti-letradas» en este sentido. Buscar cómo viven, hablan y piensan los que están por fuera de la ciudad letrada implica una exclusión de ella. Los escritores mismos en muchos sentidos son también unos excluidos y gradualmente irán excluyendo todo aquello que defienden los letrados de la ciudad amurallada tras diccionarios, gramáticas y libros de oración. Me parece que es en este contexto que se entiende una propuesta como la de la reforma ortográfica que presentó García Márquez en el Congreso de la Lengua en Zacatecas.

Los debates de los letrados colombianos se quedan dentro del reducido círculo de los debatientes. La población analfabeta está por fuera de la ciudad letrada. Los semialfabetizados leerán a Vargas Vila y no a Guillermo Valencia. Los letrados no modernizan la difusión de la letra, ni siquiera de su letra, para llegar a más lectores. Se parecen a Melquíades, encerrado en su cuarto escribiendo la interminable historia de la estirpe, sin que pueda ser leída. Parte de su exclusividad consiste casi en no ser leídos sino por unos pocos. La exclusión de la ciudad letrada es tan fuerte que intimida. Muchos no se aproximarán a sus productos aun cuando sepan leer. Están tan lejos de poder compartir sus preceptos morales...

Por fuera de la ciudad letrada además de situarse los que no saben usar la lengua, los que no conocen la corrección del idioma, se sitúan las malas palabras. Ese será el capital lingüístico del vulgo. Los sentidos, el mundo de los olores y los sonidos, las algarabías de la plebe serán su capital cultural.

Tradicionalmente, la cultura colombiana ha sido regional. El discurso hegemónico de los letrados bogotanos se impuso como cultura nacional oficial durante algunas décadas, sobre todo a través de la educación católica que se impartía en los colegios, pero las identidades se construyeron alrededor de lo local. Gran parte de la producción literaria del país, todo aquello que se producía en las distintas regiones, quedó así excluido del canon de los gramáticos.

Hacia los años 30 se hace una reforma educativa que habría de difundir la letra, pero para ese entonces ya ha hecho su entrada triunfal la radio. Y ésta se inserta culturalmente en el país de forma sintomática: será local y regional

aunque difundirá elementos de otras regiones, y gracias a ello los colombianos comenzarán a tener una idea de los contornos de su comunidad imaginaria.

Así, *Cien Años de Soledad* es en parte un ajuste de cuentas con una cultura letrada que tiene su centro en Bogotá y que, como la ciudad, es fría, acartonada y excluyente. Irrumpe en medio de su ascetismo, con la algarabía de la plebe. Será entre otros el fenómeno del ingreso de las malas palabras y hasta cierto punto de los cuerpos, los olores, los ruidos, el sexo, a la literatura Colombiana. Y llegará a un público que ya posee el uso de la letra, pero que nido acceso o no ha querido acceder al pobre capital cultural de los letrados.

Busca ser una cancelación definitiva de su gestión y la irrupción de una nueva forma de hablar, de sentir, de ver el mundo. Pero en el mismo momento en que se presenta una gran obra de la literatura que logra desafiar a los letrados del altiplano en su propio terreno, su lectura será la que imprimirán los medios masivos de comunicación. No será la matanza de las bananeras el momento emblemático de la obra, sino las mariposas amarillas de Mauricio Babilonia y la ascensión de Remedios la bella envuelta en sábanas. Al poco tiempo de aparecida la novela un peruano ya había compuesto una canción con los motivos principales de la obra que sonó y resonó por todo el continente.

Dentro del panorama de las letras nacionales, García Márquez era inicialmente un escritor regional, un escritor costeño. Será la acogida internacional de *Cien años de soledad* lo que lo convierte en un escritor nacional y el macondismo será elevado a mito fundacional, si no de la nación, sí de la raza y a relato de la identidad. Mientras muchas naciones americanas construyeron estos mitos en el siglo pasado, Colombia por fin tiene el suyo en los años 70 de este siglo.

Para los colombianos fue, en términos muy generales, algo de lo que por fin podían estar orgullosos y que los convertía en latinoamericanos. Un país que había mirado a España desde siempre de pronto se descubre latinoamericano. Y esta identidad recién descubierta viene con el sello de aprobación y distinción que le otorga la acogida internacional del así llamado boom de la literatura latinoamericana. Uno de los nuestros era parte de un grupo de notables escritores que eran mirados y respetados en todo el mundo.

El boom es tan sólo en parte un evento literario. La Revolución cubana había generado interés y curiosidad, sobre todo en Europa, por una parte del planeta que hasta ahora sólo existía como un mundillo de dictadores en caóticas repúblicas bananeras. Parte de ese interés y esa curiosidad recayó sobre la literatura. En un punto, era mayor por las figuras literarias que por sus obras. Más que las novelas, los cuentos, la poesía, el género entrevista se convirtió en una parte fundamental de la obra de un escritor, o por lo menos de los criterios para opinar sobre su calidad literaria. La profusión de revistas y la difusión de la imagen a través de la televisión, convirtieron a los escritores en figuras del mismo orden de los deportistas, los políticos y los ídolos del espectáculo.

Varios de estos escritores eran periodistas y ellos mismo se encargaban de abrirle un espacio a la literatura en las notas que escribían para diarios y magazines. Es el caso de García Márquez.

Como su nombre lo indica, el boom también sería un fenómeno de mercado. Angel Rama señala que se publicó y se leyó en diez años la creación literaria de casi cuatro décadas en el continente. Y que se generó más bien por fuera de América Latina. Tal vez la primera lista de autores del boom fue la que surgió del libro de Luis Haars, *Los nuestros*, publicado en 1966, antes de que se le hubiera dado a la «nueva» narrativa en América Latina un nombre. Los criterios de Haars eran literarios y buscaban mostrar más bien la diversidad y complejidad de la literatura latinoamericana. En su lista aparecían Alejo Carpentier, Miguel Angel Asturias, Jorge Luis Borges, Joao Guimaraes Rosa, Juan Carlos Onetti, Julio Cortázar, Juan Rulfo, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez y Mario Vargas Llosa. Visiblemente, muchos de ellos no eran «nueva», narrativa. El boom logró confundir la cronología de la producción literaria latinoamericana con el momento de su recepción en el exterior. Así, *Ficciones* aparecía como contemporánea de *Pedro Páramo y ésta* a su vez de *Cien años de soledad*, a pesar de mediar más de diez años entre cada una de ellas.

El fenómeno de mercado introduce como criterio de la calidad literaria las cifras de ventas. Tal vez sea romanticismo pensar que hasta ese momento un autor podía considerarse importante en el mundo de las letras aunque vendiera poco. Pero claramente a partir del boom el número de ejemplares vendidos, de traducciones a lengua extranjera, de comentarios críticos y apariciones en los medios masivos se convierten en uno de los criterios para juzgar la literatura producida en el continente. También el surgimiento del autor-marca. Algunos, García Márquez por encima de todos, venden cualquier cantidad independientemente de lo que escriban.

Tal vez lo más notorio del boom fue que agrupó y globalizó la producción literaria de América Latina, que se encontraba dispersa en los distintos países. El efecto positivo, sin duda, fue el de la difusión de la literatura en el lugar mismo que la producía. Otro efecto, más difícil de evaluar, es la tendencia a presentar el continente como un todo culturalmente homogéneo, a pesar de la evidente diversidad que manifestaba la producción literaria.

La fórmula que permitió agrupar culturalmente la diversidad, por más que no sirviera en todos los casos, fue la del realismo mágico. Los que no cabían, como Borges, se consideraban autores europeizantes y alejados de las corrientes literarias. Así, *Cien años de soledad* se convirtió en clave de lectura de América Latina, que sería interpretada desde sus productos culturales, y estos desprendidos de sus contextos. Una lectura que no sería tan sólo literaria, sino que se haría extensiva a la cultura, la historia, la política. Una lectura que puede denominarse macondista.

El macondismo es un cruce de miradas, una galería de espejos. Es el efecto Nescafé de la cultura. América Latina produce la materia prima, se procesa en los países centrales y se reincorpora con ese plus que le ha dado el paso por la metrópoli. Así elaborado, el producto ya no produce desvelos, ha sido descafeinado. En el siglo XIX, gracias sobre todo a la labor de Humboldt, se creó un relato de América Latina según el cual el subcontinente es ante todo Naturaleza mientras que Europa es cultura. Esto sirvió, entre otras cosas, para legitimar el lugar que le correspondió a América Latina en la economía internacionalizada como generadora de materia primas para que los productos fueran elaborados en Europa. También para ver la cultura latinoamericana como subsidiaria de la europea. El relato a partir del cual se elabora una nueva mirada, la macondista, es suministrado por la propia cultura latinoamericana.

El macondismo, para los latinoamericanos, aparece como la forma afirmativa de representar el «otro» de los europeos y norteamericanos. Empata con los sobrantes del discurso anti-utilitarista que nos postula mas allá, o más acá, de la racionalidad mercantil del mundo modernizado. (En el caso de Colombia, curiosamente este discurso es del mismo Miguel Antonio Caro, pero no en la clave mítica a la que lo traduce el macondismo, sino en la espiritual del catolicismo y el hispanismo.) El macondismo carga rezagos de la visión telúrica de la raza, llevada a la indolencia y al desorden en medio de una naturaleza indomable. Se apropia del gesto europeo, supuestamente enalteciéndolo, para así dar razón del atraso con respecto de los países industrializados, remitiéndolo a una cosmovisión mágica que postula sus propias leyes y se sustrae a las lecturas racionalistas. A su manera, el macondismo otorga el sello de aprobación a la mirada euronorteamericana y legitimidad a las divisiones geopolíticas de Primer y Tercer Mundo.

En Colombia, la forma peculiar como el macondismo allana los desencuentros entre tradición y modernidad, pasado y presente, mito y realidad se ha trenzado con la «subcultura del narcotráfico» caracterizada por fuertes alianzas familiares, machismo y culto a la madre, religiosidad supersticiosa y violencia. Pero no se debe olvidar que los narcotraficantes manejan una empresa comercial, que son un sector de la sociedad en pugna por el poder económico y político, que son una manifestación de la inscripción del país en la modernidad.

No se puede atribuir este fenómeno a García Márquez. Es el producto de la recepción que los medios hicieron de este juego de espejos, en el que se reconocen en la forma como son reconocidos.

Tampoco es García Márquez el único promotor de la mirada macondista. Otros, como Eduardo Galeano y Mario Benedetti, han hecho sus contribuciones. Asimismo, los seguidores y continuadores de esta visión y del estilo de García Márquez, que aparentemente es fácil de imitar. En clave garciamarquista escribe Salman Rushdie su *Midnight Children*; en esa clave venden millones de ejemplares Isabel Allende y Laura Esquivel. Los lectores del mundo quieren

literatura latinoamericana, y del Tercer Mundo, que tenga mucho Macondo, mucho realismo mágico, mucho García Márquez.

En 1982, García Márquez será galardonado con el Premio Nobel de Literatura. La euforia que esto generó en Colombia tuvo dimensiones macondianas. No era una obra de un escritor la que recibía un premio; era el país entero que consideraba que estaba siendo reconocido en la figura de tal vez su único escritor.

Es quizás lo más asombroso del fenómeno García Márquez en su propio país. No se puede afirmar que sea el mejor escritor colombiano, pues eso presupone que hay varios, muchos, y que él sobresale. En Colombia hay decenas de escritores menores, que no rebasan las fronteras de lo nacional, después no hay nada y luego está solo, en su pedestal, inamovible, García Márquez. Es un país en el que la letra se quedó en el mejor de los casos escondida en donde la dejaron los gramáticos, en el que una edición no sobrepasa jamás los tres mil ejemplares. En este país la figura más popular, la que todos conocen, aunque no lean sus obras, es la de un escritor. Más que el Pibe Valderrama, más que las reinas de belleza, más que Carlos Vives y sus vallenatos, García Márquez goza de la mayor popularidad entre los colombianos. Se le postula como candidato a la Presidencia, se le considera uno de los siete sabios de la nación, que debieran encargarse de encauzar sus destinos.

El Nobel de García Márquez le permite a los colombianos sentirse, de vez en cuando, parte de un mundo cosmopolita, del cual siempre han estado al margen. En 1982, aunque no fuera oficial, ya los dineros del narcotráfico le daban estabilidad a la economía del país en la famosa década perdida. Los pintores colombianos empezaron a vivir su propio boom, algo nunca antes conocido en las artes plásticas del país. El precio de las obras de arte es enteramente arbitrario y especulativo: es ideal para el lavado de dólares. A pesar de la violencia, de los secuestros, de la inseguridad, del miedo, de la precariedad y la miseria, parecía que todo esto tenía alguna salida. El país tenía futuro, aunque mucho de su pasado y tanto de su presente se empeñaran en desmentirlo.

En este año de 1997, García Márquez ha elegido exilarse porque su país no brinda garantías a la libertad de expresión. El boom económico que generaron los narcodólares se está extinguiendo. La selección de Colombia pierde sistemáticamente los partidos. Siguen, como siempre, la guerrilla, los paramilitares, los secuestros, la inseguridad, la miseria, la ausencia total del estado, el neoliberalismo económico de una economía exhausta. Colombia se ha convertido, como dijera recientemente un periodista español, parafraseando el título de la biografía de Vittorio Gassman, en un país con un gran futuro a sus espaldas.